

SEGUNDA PARTE



6

JOSÉ T. OLIVARES



JOSÉ T. OLIVARES

(Managua: 30 de agosto de 1880 — *Idem.*: 12 de mayo de 1942)

José T. Olivares, cuyo nombre completo es el de José Trinidad Olivares Cerrato, era hijo del coronel José Olivares y de Guadalupe Cerrato. Pasó su niñez en el barrio de San Antonio, uno de los más antiguos de la capital, y concluida la primaria en el Colegio de Fajardo y Ortiz de Managua, se trasladó a Granada, donde cursó el bachillerato en el Instituto Nacional de Oriente. En 1896, a los 16 años de edad, dio inicio a su dilatada vida pública viajando a El Salvador en calidad de delegado nicaragüense al Congreso Estudiantil Centroamericano, del que fue electo presidente. Antes de 1907 obtuvo el grado de doctor en Derecho por la Universidad Central de Managua; la misma que posteriormente lo contó dentro de su cuerpo de catedráticos de Filosofía del Derecho o Derecho Natural. En los últimos años (1908-1909) del gobierno liberal del general José Santos Zelaya, desempeñó el cargo de Juez de Minas; en el transitorio período (1910) de José Madriz, el Ministerio de la Gobernación, y durante la primera presidencia (1911-1916) de Adolfo Díaz, una magistratura en la Corte Suprema de Justicia. José T. Olivares con Ramón Sáenz Morales, forman el dúo más importante del grupo capitalino o sea el de Managua. Su firma era constante en los diarios y en las revistas de entonces. Al parecer planeó y tal vez editó un *Cancionero del lago*, que jamás hemos tenido entre manos ni visto registrado en bibliografía alguna; por lo tanto y mientras no se demuestre lo contrario, fue hasta en 1920 que Olivares publicó una breve selección de su obra en verso, *Poesías*, en San José de Costa Rica y bajo el sello editorial de *Repertorio Americano*, el prestigioso órgano publicitario de Joaquín García Monge. Murió a los 62 años en Managua, olvidado y perturbado por las doctrinas teosóficas, tan caras para él como para un gran sector de los intelectuales de aquel entonces.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poesía: *Poesías*. San José, Repertorio Americano, 1920.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912., compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle, y *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez.

Estudios sobre el autor: Rafael Heliodoro Valle, "José T. Olivares", *Letras*, Managua, agosto de 1914, año II, núm. 8.

TEREBINTOS

Alma mía, tú no eres ya la misma.
Sin luz y sin fragancia
cruzaste la amargura del calvario,
subiste con las carnes desgarradas,
pasaron los tres días
y aún estás en la fosa, inanimada.
No esperes que, sumida en el sepulcro,
se levante tu lápida,
y que, al cielo, como una mariposa
beatifica te vayas.

Es muy triste, alma mía, tu evangelio:
has tenido caídas y lanzadas;
muchas noches del huerto
que tréboles brotaron a tus plantas;
mucho hiel y vinagre;
el pesado madero a las espaldas,
y ninguna Verónica afligida,
ni una Magdalena apasionada.

Alma mía, tú no eres ya la misma.
¡Ya quedaron muy lejos las mañanas
en que fuiste como una religiosa
ebria de fe, resedas y campanas!

(¿1910?)

VERSOS DE MAYO

Olor matinal a tierra
en navidad de repollos,
azul abstracto en la sierra
y un encanto de cogollos.

Las selvas en las neblinas
de amaneceres esclavos,
dan la visión argentina
de parques escandinavos.

El camino da un afán
de viajar, y aún se ven
Caballeros de San Juan,
en trote a Jerusalón.

La cigarra silba en griego
un toque de agricultura,
como un lamento de fuego
con claridad de agua pura.

Imponiendo su grandeza
el retumbo celestial,
desparrama la promesa
de un futuro temporal.

El aguacero se tarda;
hay sofocación interna,
y el sapo, súbito, aguarda
como una piedra que piensa.

En espectadores mutismos
las muchachas casaderas
hilvanan romanticismos
al compás de las goteras.

La lluvia insiste en caer
y con absorta ignorancia,
los niños miran llover
en las puertas de la estancia.

Un hastío que bosteza
nos habla de lo que fue.
Es alegría o tristeza,
pero se ignora por qué.

Ya vendrán besos y rosas
junto a las frondas mojadas;
y las zarazas vistosas
para las tardes nubladas;

cielos a todo capricho,
bellos ocasos, instantes
para novios que se han dicho
tonterías importantes.

Flores de armiño y de grana
como una ofrenda simbólica,
manda Ceres, la pagana,
a María, la católica.

Pasan las viudas en banda
por lo alto que apenas sopla;
parecen monjas de Irlanda
que van a Constantinopla.

Baja una inmensa pestafía,
cierra la tarde morena,
y de pavor la montaña
lentamente se engangrena.

Chotacabras agoreras
del camino, en la sombra
hora asustan los viajeros
por razón de brujería:

El viaje siguen ya pleno
de obscuridad de leyenda
y un perro ladra hacia el trueno
la esperanza de una hacienda.

Eterniza la cigarra
en la oquedad su silbido:
¡hay una mano que agarra
al corazón afligido!

Y se inclina la cabeza
por lo que el alma entrevé:
es alegría o tristeza,
pero se ignora por qué.

MAÑANA SIN SOL

Mañana de pesquería,
con una vaga alegría,
de abandonar el trabajo
y de ir a pasar el día
a las playas de allá abajo.

De ser feliz remero
expuesto a los vendavales;
o mirar un aguacero,
de un nuevo amor prisionero,
a través de los cristales.

Cotorras que van en coro
para la sierra nublada;
playa del lago adornada
con aromos color de oro
junto a la dulce ensenada.

Mañana de golondrina,
convaleciente de pena;
porque no hay sol que fascina
y en los sembrados culmina
un verdor de yerbabuena.

Caridad blanca en los tules
de la garza, al demacrado
corazón, que se ha enfermado
de extraños versos azules
que vio en un libro rosado.

EL ARRULLO

Marzo da sed y tristeza,
bajo el sol con las palomas
llora la naturaleza.
Llora un amor la ardentía
del campo seco, el arrullo
canta un llanto al medio día:
gotas de almas de palomas,
al corazón lo perfuman
como divinas aromas;
copos de una melodía
con piedades de algodones
para la melancolía.
Perlas dolientes de amor . . .
El arrullo en los jarales
sufre el duelo de una flor;
flauta enferma, son de niño,
madeja de alba ternura
que se liquida en cariño.
Argentino miserere
de los silencios del bosque:
suave implora, dulce hiere.
Nota de seda y metal
que resbala y es dafina
como un áspid de cristal.
Tuesta el bochorno la parra,
los árboles tísicos son
el clamor de la cigarra.
Y el arrullo dulcemente
fraterniza con la pena
de aquella tecla estridente.

BOCHORNO DEL SOL

Campos afligidos de polvo y de sol:
por ellos cabalga mi desilusión.

Llanuras sedientas que la lluvia esperan,
ruinas, camposanto de la primavera.

Cerros calcinados de marzo; vendrán
muchos años de mundo, y siempre han de estar

callando su enigma... Yo voy extranjero
en mi tren, de yanques marinos repleto,

ante la bandera que ahogó mi bandera.
Un baño de fuego atrista la cosecha.

Flores amarillas del campo marchito
con que las villanas alegran su idilio.

Bochorno del sol tropical que revienta
las cigarras y hace soñar sombra y sendas

en fresca montaña, con ríos y flores,
o ansiar los jardines nublados de Londres.

¡Quién tendrá las penas que llevo conmigo!
Y pensar que no tuve alegrías de niño,

que voy en los años andando sin rumbo
con el alma ausente, pálido y sañudo.

Potreros, aldeas que en calor se abrasan...
Tristeza de dejar todo lo que pasa.

Pensar que de niño fui uraño de todo
y son mis recuerdos las cosas de Otoño,

cuando iba en las lomas con mi cruz de ensueño,
¡Las cosas lejanas que dicen los vientos!

(1913)

TIERRA SECA

¡Tardes en los montes de mi país! . . .
¡Niebla de oro del polvo del camino,
melancólico grito cristalino
de cigarra de abril!
Carretas que la noche va siguiendo,
a la feria del mar;
despalados ardiendo,
casas de paja humeantes
y lejano balar;
en todo hay la tristeza y el deliquio
de las cosas distantes,
y una sed de verdura;
la indígena amargura;
el estival cansancio de esperar
de los montes soleados,
¡hermano de la pena en las tonadas
que en las huertas pobres se oyen cantar!
¡Pocoyos del misterio vespertino,
rojo sol japonés, tardes rosadas,
cigarra sitibunda del camino!

POSTALES CENTROAMERICANAS

I

Ciudades silenciosas éstas de Centroamérica,
con sus casas de tejas y vida provinciana;
aún parece que sufren la tiranía ibérica,
lo mismo a medianoche que al sol de la mañana.

Tristeza displicente de sus calles sin ruidos,
melancólico canto de los gallos, lejanos,
que semejan los gritos de los años perdidos
en las luchas feroces de hermanos contra hermanos.

Bajo un sol ardoroso nuestro ideal concebimos,
y en honesta molicie, tropicales tardanzas
nos consuelan a diario de una vida ilusoria.

Y es así que en un ocio casi todos vivimos
el entretenimiento de falsas esperanzas,
en unos vecindarios, sabidos de memoria.